

EL IMPUESTO ÚNICO

ÓRGANO MENSUAL DE LA LIGA ESPAÑOLA

NUESTRA POLÍTICA

TIERRA Y LIBERTAD!

Abolir todas las contribuciones e impuestos, dejando uno solo sobre el valor de la tierra.

FUNDADOR GERENTE:

ANTONIO ALBENDÍN

MÉNDEZ NUÑEZ, 1

MÁLAGA

Fórmula para conseguirla:

El derecho a la vida trae como inherente el derecho a la tierra. Por consiguiente, la tierra es por ley natural la propiedad común de todos sus habitantes, y por lo tanto, todo terrateniente debe a la comunidad el valor en renta del sitio que retiene.

Precio de suscripción: 3 pesetas al año Número suelto: 25 céntimos. Número atrasado: 50 cts.

AÑO IX

MÁLAGA 1.º DE FEBRERO DE 1919

NUM. 86

SUMARIO: *Consideraciones sobre la marcha actual del georgismo.—Prólogo de la nueva edición de «Problemas Sociales».—Sobre los abonos minerales.—¡Paz, paz, paz!—La cuestión de la tierra en la Prensa.—Notas y comentarios.—La tierra libre.*

Consideraciones sobre la marcha actual del georgismo

Hoy que nuestras doctrinas se van abriendo paso de una manera efectiva aunque sin estruendo; que su espíritu va preparando el advenimiento de una sociedad más humana; que los retrógrados inteligentes transigen con ellas y aguadas, pretenden presentarlas como cosas propias, y que de sus esencias los elementos avanzados nutren su idealidad. Hoy, decimos, se desencadena contra nosotros una oposición furibunda. Es después de todo cosa natural que visto el fracaso de la conjuración del silencio ante el victorioso avance del georgismo, se unan todos los intereses ilegítimos para dar la batalla a la nueva sociedad que pugna por nacer a la vida de justicia y de verdadera civilización que defendemos. Su táctica es harto conocida: consiste en ir presentando como soluciones eficaces, paliativos que permitan continuar en el disfrute de los privilegios; defender sistemas aparentemente democráticos pero que nieguen la base de los derechos económicos, que son los fundamentos de toda verdadera democracia. Esto explica que nos combatan insidiosamente o con manifiesta ignorancia personas que por sus estudios y profesión están moralmente obligadas a ilustrar a la opinión con sinceridad y conocimiento de causa. Los poderosos intereses ilegítimos que combatimos ejercen tal sustanciosa atracción que es humano se le sometan inteligencias poderosas y cultivadas; pero es que además su dominio se impone sobre la sociedad toda y por tanto se extiende a los centros donde se monopoliza la enseñanza de las cuestiones económicas para falsearlas y sustituir las por un galimatías absurdo que intenta justificar la injusticia económica con estadísticas forzosamente incompletas, especulaciones imaginativas y

artificiosas propias para agotar las mejores inteligencias, que en este estudio fantasmagórico y amañado llegan a atrofiarse para el análisis de realidades y para el discreto razonar.

No de otro modo se concibe que un profesor de Economía que ha estudiado en Inglaterra y Alemania haya dicho en letras de molde dogmáticamente:

Que una vez triunfante el georgismo, resultaría ineficaz, porque a la postre los propietarios auxiliados por la fuerza pública obligarían a emigrar a los trabajadores.

Que el procedimiento del georgismo carece de sentido, porque aunque se estableciese el impuesto único sobre el valor del suelo desnudo de mejoras, los propietarios se confabularían con los capitalistas y seguirían manteniendo sus tierras ociosas expulsando a los trabajadores para que fueran explotados por los industriales los cuales compensarían a los terratenientes con una renta igual a la que les quitase el Estado. Solo se habría alterado a forma de recaudar el Estado los impuestos y la forma de recaudar los propietarios su pitanza.

Que el problema de la tierra encarado por Henry George es de otros tiempos y de otras latitudes.

Que los obreros ingleses no pagan impuestos.

Que la evaluación de las mejoras es imposible hacerla.

Que el problema de la distribución del producto es un problema del poder que no obedece a ninguna ley económica.

Ya quedaron refutados estos argumentos en otra ocasión y no hay para qué insistir, porque creeríamos ofender el buen sentido y la cultura de los lectores.

Si aquí los exponemos de nuevo no es con propósito de molestia personal para su autor, sino como prueba del agotamiento de una inteligencia dedicada al estudio y enseñanza de especulaciones artificiosas, agotamiento que llega al extremo de anular el buen sentido cuando afirma que las leyes económicas están desligadas de la moral, como si el problema de la distribución del producto no fuese la aplicación de la sencilla regla moral de no quedarse con lo ajeno. Pero no tiene nada de extraño tal desvario si recordamos que el mismo economista ha dicho que los georgistas somos una kábila que espingarda en mano está dispuesta a defender las monstruosidades económicas de la secta georgiana; que atenuamos en España el alcance de la doctrina para no disgustar al clero; que Henry George era un ignorante osado, y que sus discípulos tienen una ideología prehistórica porque creen en un derecho inmutable, en leyes naturales inmutables y otras delicadezas por el estilo. Es evidente que quien con tanta falta de ecuanimidad se produce, ha tenido que dedicarse largo tiempo a los vanos y abstrusos estudios de la falsa Economía Política, porque solamente este aniquilante estudio el de ciertas filosofías alemanas, es capaz de hacer dudar a un hombre de la inmutabilidad de algunos derechos, como el de la existencia, por ejemplo, del que se derivan todos los derechos del ser, entre ellos el de la igualdad a las oportunidades de la naturaleza. Solamente aquellos estudios son capaces de sembrar la duda sobre la inmutabilidad de las leyes naturales de orden físico y de orden moral, inmutabilidad que a cada paso se comprueba sin ir a estudiar a Inglaterra y Alemania. Solamente en una inteligencia agotada por aquellos desvarios pseudocientíficos se puede destruir la permanente, imborrable, percepción de la ética de todas las cosas, que tenemos con solo examinarlas por vez primera.

Claro es que estos furibundos ataques benefician al georgismo, y que son lamentables únicamente porque revelan el estrago que en inteligencias brillantes ha producido el abandonarse a aquellas especulaciones.

Pero volviendo a nuestro asunto, es perfectamente explicable que los jóvenes dedicados al estudio de la Economía si bien no logren entender la pretendida ciencia absurda y palabarrera que se les enseña, en cambio se hagan cargo, al instante, de que aseguran su porvenir sosteniéndola, dándole un carácter de impenetrabilidad, produciendo la sensación de que para saberla es preciso ser un genio dedicado a largos y penosos estudios y de ahí que los llamados a ilustrar a la opinión nos hablen con tono dogmático y nos digan cosas raras que no lograron entender ni ellos ni nosotros y que cifren todo su interés en oscurecer las claridades de las cuestiones económicas que son precisamente las más sencillas, las más accesibles a las inteligencias vulgares, las que más pronto se comprenden, las que no requieren instrumentos ni excesiva preparación especial. La Economía política es un globo fenomenalmente hinchado. El cultivo de esta ciencia figurada que no tiene más fin que falsear las cuestiones económicas para que se perpetúen los privilegios, proporciona cátedras, asesoría de entidades financieras, cargos

pingues etc, lo que explica que los jóvenes economistas, en parte por estas conveniencias, en parte por la atrofia intelectual ocasionada por los esfuerzos realizados para asimilarse el vacío que reina tras el amontonamiento de frases sin sentido que caracteriza a la ciencia del engaño, sigan el derrotero de combatirnos. Es contrario a la naturaleza que el que abusa de su organismo lo conserve sano, y de la misma manera el que abusa de su inteligencia es raro que la conserve sin decaimiento. El hábito de hacer juegos malabares con las palabras para extraviar a la inteligencia acaba fatalmente con el extravío de la inteligencia del malabarista. Es también difícil encontrar corazones limpios que en las actuales trabajosas condiciones de la vida, amen la verdad generosamente.

De la falsa Economía Política y de sus profesores se ocuparon magistralmente Henry George y Tolstoy, Carlos Marx les llamaba los cortesanos rastroeros del capital.

Es natural que disponiendo el privilegio de grandísimos medios, se haya apoderado también al propio tiempo que de la enseñanza de la Economía Política, del más potente medio de captación de los tiempos modernos: de la prensa.

Así se ve que desaparecen o viven apenas los periódicos de ideas, que van siendo barridos por una prensa que tiene frecuentemente apariencia democrática, pero que en realidad es servidora de la injusticia social y se acomoda con gran maestría a satisfacer los bestiales instintos del público explotándolo y pervirtiéndolo a la vez. Pero como, apesar de todo, el mundo marcha, y las gentes van comprendiendo que el interés de esta clase de periódicos suele ser opuesto al bien general, el privilegio con su certero instinto afina y extiende sus redes, y funda diarios que con un selecto cuerpo de redacción y aparente carácter renovador pretenden ser astros refulgentes en la prensa. Dichos diarios no nos dan detalles eróticos de la mujer asesinada por su marido al sorprenderla en adulterio, ni de la muchacha que se suicidó; ni nos cuentan vida de toreros ni reseña de corridas. En cambio los trabajos de escritores de primera fila deleitan nuestro espíritu, y amplían nuestros conocimientos notables crónicas del extranjero; pero la autoridad que con tal proceder adquieren les hace más peligrosos porque deslizan falsas teorías para embaucar al pueblo y extraviar la opinión. Menos mal que pronto se descubre que detrás de ellos suele haber siempre un fuerte monopolio, y que por la labor característica del periódico acaban por darse a conocer, con lo que resulta menos funesta su tarea de intoxicación social porque el público discreto acaba saboreando el trabajo meritorio de sus buenos escritores y concediendo a la tendencia genuina del periódico el lugar que se merece.

Conocemos uno de estos periódicos,—el mismo en que el Profesor de Economía de quien antes nos hemos ocupado, vierte sus desaforados y regocijantes ataques contra el georgismo—que viene sosteniendo, en el fondo, que el producto se obtiene por el trabajo con el concurso de el capital a quien protege el Estado, y que aquel se reparte entre el capitalista, el pro-

ductor y el fisco, y aboga para transformar el país; porque el capital y el trabajo se a unen en el interés común de conseguir que la parte que va al fisco se invierta en beneficio de la colectividad matando las fuerzas parasitarias creadas por una política corruptora. Como se vé está muy en su lugar este periódico al intentar oscurecer las teorías georgistas, porque más habilmente no puede plantearse a la gran masa el problema de la distribución del producto, eliminando el factor tierra y al terrateniente y pretendiendo desviar hacia la política las justas reivindicaciones de los desheredados, para que esclavos del privilegio fomenten la potencia de este con el señuelo de moralizar la administración pública, como si la inmoralidad no obedeciese al inmoral régimen económico que defienden y explotan los monopolistas dueños del periódico.

El caso que hemos citado es el corriente, y demuestra los fines que persiguen los privilegiados además de explotar el negocio periodístico. Con la resistencia desesperada del privilegio hay siempre que contar, y aunque eficaz, no lo es tanto que dichos periódicos no acaben por desprestigiarse, pues el número de hombres que meditan y analizan aumenta cada día. Además los yerros manifiestos de los mismos periódicos contribuyen mucho a ello. Por ejemplo, los artículos completamente tartarinescos con que el periódico a que nos hemos referido cantó épicamente el viaje del Conde de Romanones a París, convirtiéndose en vulgares aluluyas los que pretendió que fuesen versos alejandrinos. Así mismo le va poniendo en evidancia el continuar hoy su campaña pró aliados igual que en los tiempos heroicos en que estos rechazaban la feróz agresión germana y tocaban llamada a todos los amantes de los ideales de humanidad y justicia, como si no hubiese llegado ya el momento en que ponen sordina a aquella llamada, ridiculizan las generosas aspiraciones de Wilson y asoman las orejas de un imparialismo qué pretende continuar sobre la ensangrentada Europa las hazañas de los financieros, fabricantes de artefactos de guerra y políticos que han explotado y oprimido a los pueblos. La corta visión espiritual limitada a los éxitos del día, que con tal proceder demuestra dicho periódico, contrarresta el prestigio de las notables firmas que lo avaloran y acabarán con el crédito que el público le concedió.

Han suscitado los aliados problemas tan complejos en todo el ámbito de la tierra al llamar en su auxilio al mundo todo, al constituirse en defensores del derecho y de la libertad, y al encontrarse hoy aparentemente todopoderosos, que es necesario una tal elevación de miras, una energía para el aniquilamiento de todo anhelo impuro, difícilísima si no imposible de obtener para no fracasar. La gran defección de Lloyd George, su triunfo colosal, y el indiscreto imperialismo francés, están ya diciendo el sombrío porvenir que quieren preparar a la humanidad, con excepción de Wilson, los directores de la Entente.

Pero sospechamos que si grande fué el fracaso de la Alemania imperialista y criminal, más grande será el de este nuevo y más criminal imperialismo que levantará en su contra, pidiéndole cuentas, al mundo to-

do, incluso a sus propios nacionales. No se engaña impunemente a la humanidad, y la historia registrará el castigo.

La prensa, en general, no responde nada más que a los bastardos intereses que la mueven, y así se vé a los periódicos más poderosos realizar una labor de falseamiento de la democracia, que eso significa su encubierta defensa de los monopolios y del financierismo que encubren todos los grandes chanchullos y explotaciones que caracterizan la vergonzosa civilización presente.

La hostilidad que se advierte contra el georgismo en algunos escritores, la buena acogida que les dispensa la prensa en general y la inquina de ésta contra nosotros son los síntomas más ciertos de que la gran idea por que laboramos no sólo no puede ahogarse con el silencio, sino que ganando muchos pechos generosos cada día sienten sus enemigos que se acerca la hora en que se le vedarán los privilegios que hoy disfrutan y recurrirán a todos los medios para impedirlo. Grande es su poder; pero el de la razón y la justicia aumenta sin cesar.

Continuemos nuestro apostolado con absoluto respeto a todas las personas, pero iluminando implacablemente las ideas, y si en el camino encontramos algún viajero extraviado, guiémosle hacia las regiones de luz a donde nos dirigimos; pero no concedamos excesiva atención a los perros de los cortijos que fieles guardadores de la hacienda de sus amos, ladrándonos les avisah de nuestro paso.

J. S. T.

Prólogo de la nueva edición de "Problemas Sociales"

Entre las obras que constituyen el maravilloso legado doctrinal de Henry George a las generaciones sucesoras, merece lugar preferentísimo la que lleva el título de «Problemas sociales».

No fué la primera que escribió; pero es la que debe ser leída en primer término. El conjunto de los capítulos de «Problemas sociales» es una síntesis de las más lastimosas úlceras que las sociedades humanas ofrecen y que con más intensa prolijidad han estimulado a los pensadores de todas las escuelas a razonar sobre sus causas y remedios.

Pero al mi-mo tiempo que esta síntesis, Henry George ofrece en «Problemas sociales», con la maravillosa lucidez que resplandece en todos sus escritos, la explicación clarísima de las fuentes de que fluye tanta ponzoña como en la edad contemporánea tiene envenenada la vida social.

Son, pues, los «Problemas sociales» un completo tratado de Sociología. El casuismo obscuro de los empingorotados doctores que han hecho de la Sociología un pretexto de disertaciones académicas más que un afán de la conciencia lacerada por las lacras del mundo moderno, ha convertido al «sociólogo» en aventajado retoño

del pedante; y a la sociología en un amasijo indigesto de fórmulas y hechos amalgamados muchas veces sin visible conexión y a cuyo enunciado se da mucha trascendencia e importancia que los no iniciados en los litúrgicos misterios del rito catedrático no logran vislumbrar ni comprender.

En «Problemas sociales» de Henry George, no hay nada de eso. Es una inteligencia poderosa que caldeada por una ardiente indignación contra las injusticias que pudren la vergonzosa y miserable civilización contemporánea hija y madre de la guerra, y movida a infinita piedad hacia la parte más desvalida y sacrificada de nuestros semejantes, se sobrepone a todos los prejuicios y analiza la vida contemporánea para decir sobre ella la verdad.

De los infinitos estudios hechos sobre los problemas sociales en todos los países, frías disertaciones engendradas las más veces en las entrañas de la vanidad, ¿cuantos quedarán en pie después de las enseñanzas y desengaños de la guerra europea? Muy pocos; acaso ninguno, salvo los de Henry George. Moneda falsa, pierden su valor apenas tocan en el contraste de la realidad.

Los de Henry George viven y lucen con esplendor más intenso ahora que antes de la guerra. Parecen escritos a la vista de la ingente catástrofe actual, como clamor de una conciencia reflexiva y angustiada que quisiera darse cuenta de porqué se ha producido este cataclismo. Hay en estas páginas afirmaciones cuya intensa verdad solo puede apreciarse ahora, después de la guerra.

Antes parecían apreciaciones personales brotadas de un espíritu pesimista. Hoy adquieren el valor de presentimientos y adivinaciones. Leed el siguiente párrafo de uno de sus primeros capítulos: «Ni debemos olvidar que, en el hombre civilizado, acecha aún el salvaje. Los hombres que en los tiempos pasados, oprimidos o rebelados, lucharon hasta morir en fútiles contiendas, y se embriagaron furiosos con sangre; que quemaron ciudades y arruinaron imperios, eran hombres esencialmente iguales a los que diariamente encontramos. El progreso social ha acumulado conocimientos, suavizado maneras, refinado gustos y extendido la solidaridad; pero el hombre es tan capaz de ciega cólera como lo era cuando vestido de pieles luchaba con las bestias salvajes con un hacha de piedra. Y las tendencias actuales, en algunos aspectos menos, amenazan encender las pasiones que tan frecuentemente han llameado antes con destructora furia.» Es crítica estas líneas cuando era creencia común que el progreso de la civilización había educado los sentimientos humanos e impulsado el avance moral de nuestro linaje, afirmación tan audaz, contraria al dictado universal, había de parecer un craso error. Y sin embargo, ¿habrá verdad más evidente?

Pues toda la vieja sociología—vieja aún tratándose de libros cuya tinta está fresca—se funda sobre esa fe, anticristiana, en la progresiva evolución moral del linaje humano. Toda la sociología georgista se basa, por lo contrario, en la inmutabilidad de la condición moral de la especie, que no se hará por obra de los

hombres superior a como fué hecha por la voluntad de Dios; porque el progreso moral no se realiza en el individuo, cuya cumbre es el ser humano, sino en la organización social.

«Problemas sociales» es hoy un libro cuya lectura ofrece mayor interés que el día que se escribió. Los hechos han venido a corroborar las doctrinas. Leyéndolo aparece clara y luminosa, la razón de los terribles hechos acaecidos en estos últimos cuatro años; y se cae en la cuenta inquietante y doloroso anticipo del futuro de que o la sociedad se transforma, o los lústrs inmediatos han de contemplar aún más grandes y destructoras conmociones de las que ningún pueblo comprendido en el área de la civilización contemporánea, fundada sobre el privilegio y la absorción del patrimonio común por unos cuantos se podrá liberrar.

BALDOMERO ARGENTE

EL IMPUESTO UNICO:

Abolirá el monopolio de la tierra, padre prolífico de los demás monopolios.

Abolirá la esclavitud económica.

Abolirá todos los impuestos y contribuciones.

Hará bajar las rentas y los precios su nivel natural

LA CUESTION DE ACTUALIDAD

Sobre los abonos minerales

Los abonos minerales van adquiriendo unos precios inabordables para el gran cultivo, y aunque los precios de los productos de la tierra no le van en zaga, es motivo justificado para que los inteligentes agricultores que han podido comprobar el éxito obtenido con los mismos, cuando a su aplicación se une la mayor perfección en las labores culturales, se alarmen y pretendan conseguir por todos los medios posibles su abaratamiento. Ello nos parece muy puesto en razón y del mayor interés, no tan solo para los agricultores, sino para todos los habitantes de nuestro país, con el fin de lograr el aumento de la producción del trigo por unidad de superficie y el abaratamiento en los gastos de producción.

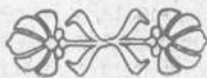
Lo que no nos parece ni medio bien es que con la garantía de una firma tan reputada como la de mi compañero el Sr. Quintanilla se dé la voz de alarma y se aconseje a los agricultores que si como se afirma, el precio del superfosfato, que es el empleado en mayor escala, llega a 30 pesetas los 100 Kilos, de ninguna manera lo empleen, porque según las cuentas que él echaba, resultaría una pérdida segura de 40 pesetas por hectárea. Claro es que a nadie se le puede obligar a que cultive en pérdida, aunque en las presentes circunstancias la defensa de la sociedad toda, porque en ella estriba la vida de la nación, obliga y obligará cada día más si la guerra no termina, a que la tierra, por ci-

ma de todos los egoísmos, cumpla el fin social, sea como sea, de producir la mayor suma de los alimentos, porque no se trata, ya de favorecer los intereses particulares de unos cuantos, sino los más respetables de la comunidad. Pero ¿no hay necesidad de obligar a una clase, que es la más numerosa y hoy la más indispensable, como la agricultora, a que soporte el mayor peso de la carga que sobre todos ha echado la más espantosa guerra, sino distribuirla entre todos, y muy especialmente sobre aquellos que no prestan ningún concurso a la producción. Lo he indicado ya en la Prensa, hay alguna gente, y muy directamente interesada, que procura a todo trance desviar el problema de la producción, reduciéndole a los gastos de cultivos, sin percatarse o sin quererse percatar de que uno de los agentes de mayor influencia es la renta de la tierra, que por lo visto se pretende hacer intangible.

Véamoslo. Dice el ingeniero citado que el promedio del empleo de superfosfatos por hectárea es de 300 kilos, que si los 100 costaran 30 pesetas, el coste total por hectárea sería 90 pesetas. Si admitimos, con todas las reservas posibles, porque es indemostrable, que el aumento de producción por igual unidad, debido al empleo de los abonos minerales y del superfosfato sea de uno y medio quintales métricos como promedio, al precio de 42 pesetas el quintal métrico, resultará que el abono ha costado 90 pesetas para la hectárea, el valor del aumento hallado valdrá 63 pesetas, y si de esto se rebaja el quinto, por los mayores gastos en la producción, quedan 50 pesetas, y, por lo tanto, hay una pérdida de 40 pesetas por hectárea.

El argumento y la demostración parecen indestructibles; pero esto no es más que una especie de juego malabar por el que se ha escamoteado el agente más esencial, por lo que afecta al encarecimiento de la producción, y el que influye más en esta para desequilibrarla. La hectárea de tierra de regulares condiciones para el cultivo cereal no renta menos de 70 u 80 pesetas, y si esta se percibe en grano, es claro que se duplica, luego si se reduce a la mitad, queda saldada la diferencia, con ventaja para el cultivador, y sobre todo para los consumidores, que se encuentran con una mayor masa de productos. El pequeño perjuicio que sufre el amo de la tierra debe soportarlo al igual que todas las demás clases sociales. Esto no es ni puede ser óbáculo para que se intente por todos los medios el abaratamiento de los abonos minerales, y sobre todo de los superfosfatos, por ser los de mayor aplicación; pero no hay razón ni fundamento para excluir al propietario privilegiado hasta ahora de la parte de sacrificio que le corresponde en estas lastimosas circunstancias, máxime teniendo en cuenta su pasiva intervención en los trabajos y gastos de la producción y su pesadumbre extraordinaria sobre éstos.

JOSE CASCON



¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!

Dicen de todos los confines

No es probable que a tal dicha se llegue. Se oculta algo en esta baraunda en que los pueblos se agitan; algo que impide que la sensación de la realidad de los hechos llegue a todos los mortales.

Las naciones que están dictando la paz al mundo, porque de derecho les ha correspondido, figuran como las más cultas en el concierto humano; empero, debe tenerse muy en cuenta que, en no pocos aspectos, la humanidad conocida no alcanzó aún ese más ni ese menos de cultura que en términos de comparación de ordinario se pretende señalar, puesto que aún en todos los núcleos humanos, llámense pueblos o naciones, viste diversos ropajes el concepto de lo justo. Quieren dictar y lo desean vivamente una paz justa y duradera. ¿Pero pueden? ¿están capacitados para ser justos? ¿Han hecho examen de conciencia? ¿Tienen propósito de enmienda?

Para saciar su feroz egoísmo, más feroz por cuanto en la Ciencia, don divino de que el hombre no merece participar todavía descansaba el éxito de su terrible empeño, los imperios centrales aplicaron la mecha al polvorín; pero ¿no son culpables todos de que estuviese cargado?

Ahora se propone establecer vigilancia (la Liga de naciones) para que nadie pueda repetir el incendio. Prueba es que el polvorín seguirá cargado y que no encuentran el medio de suprimir su existencia, pues suprimiéndola, cerrando el polvorín no habría nada que temer de manos imprudentes.

Y es que el polvorín internacional tiene sus vías naturales para recibir como por venero propio las materias explosivas que constantemente penetran en su recinto.

Solamente la justicia puede destruir esas vías; no han encontrado el medio de establecer una paz justa cuando han de poner guardianes al rededor del polvorín; si las reglas de esa justicia que pretenden establecer las hubieran hallado, con sólo hallarlas hubiera observado que su simple aplicación constituye medida eficaz y única para prevenir todos esos males.

No soy demagogo; pero precisamente de morigerado y tranquilo mucho más de lo que me conviene, he pensado algunas veces, pues en este país de pícaros lleno, (en esto no hay hipérbole, créanme ustedes, aunque por ahí se diga otra cosa), cuerpo que no se agita, la polilla se lo come; pero tengo a diario barruntos de que se está empezando la liquidación de una hecatombe y que se cierne otra mucho mayor... inmensamente superior a la que se liquida.

¿Se habla tanto de la libertad de los pueblos... de la autonomía de los pueblos... del derecho de los pueblos a girarse por sí mismos...!

Pero ¿y la libertad de los seres, como se dicta y como se obtiene?

¿Será eso lo que se debate en ese volcán del Norte

aunque no sea tan atroz como nos le pintan, que no encuentran la fórmula para declararse libres?

No es tan fácil como parece. Cuando fué abolida la esclavitud de la raza negra, muchos de sus individuos contrinuaron con sus amos, porque no veían el medio de gozar de su aparatosa redención.

Hombres libres sobre tierras con amo, serán libres en la medida que al dominio de estos convenga; y no deja este principio de ser cierto porque la propiedad se divide en porciones más o menos limitadas; sea absoluto el derecho de propiedad como hoy lo es, recaiga en favor del individuo el valor que adquiere el suelo al ser habitado, cruzado por caminos y dotado de los elementos modernos de comunicación que ofrecen facilidad y lucro en la venta de sus frutos, que ya al correr de los tiempos el listo, el espíritu israelita, que es mucho más viejo que Moisés y que a diario rejuvenece cambiando de antifaz, conseguirá unir parcelas, hacer leyes que le permitan comprar y retener legítimamente la mayor porción posible del planeta, y creará la misma abyección miserable al lado de la abundancia que hoy preocupa al mundo civilizado.

Es una suerte, en medio de todo: Si el hombre en su vileza, en el sugeto ruin que lleva dentro, pudiera soñar siquiera en que haría suyos el aire y el sol, la vesania hubiera dado a conocer a más de un presunto dueño del sol o dueño del aire, para que nadie respirase sin su permiso; y es tal la fuerza del hábito en el ser humano, que si hubiera sido posible llegar a la propiedad particular del sol, los pueblos se hubieran acostumbrado a ella igualmente que se acostumbraron a la del suelo, puesto que lo mismo de absurdo es.

Ese es su enemigo y el enemigo de la paz: el dominio absoluto sobre los bienes de todos. La especie humana debe convencerse de que es mala y de que pue-

de ser buena; que dirigiendo sus egoísmos en el sentido opuesto al que los viene orientando, en el mucho producir y no en el mucho poseer, será libre y será dichosa; pero cómo ha de ser libre ni ha de ser dichosa si al ir a crear riqueza en cualquier lugar ocioso encuentra una voz imperativa que le dice: ahí no, que es mío y no me conviene que produzca?

Pues ese es el problema a resolver por las altas representaciones que se ocupan actualmente en dictar la paz al mundo.

Sin libertad viva en paz el corrigiendo en las cárceles; pues de esa misma libertad, aunque con apariencia distinta, goza el hombre que en día crudo se encuentra al margen de una dehesa, donde por rechazar el cultivo sólo tiene leña y jarales, y tiritando de frío no le es permitido encender fuego para calentarse.

Los brazos del hombre, en todas sus actividades, sometidos a la llamada ley de la oferta y la demanda como un fardo de mercancía y a eso llamarle libertad del trabajo, es escarnecer a la especie. Libertad de producción; pero ha de ser libre el punto donde se actúa. Sobre lugar sometido ¿qué libertad es la que cabe?

Y sin libertad, ¿cual es la justicia que se puede estatuir?

¡Paz, paz y paz dicen de todos los confines; pero con aduanas son precisos los ejércitos permanentes; estos imponen la clase de los poseedores de la tierra, fuente del imperialismo y negación completa de la libre producción... paz, redoblando la guardia en el polvorín; como la del corrigiendo en la cárcel! ¡Justicia, la que impone el que puede al que no puede!

¡Durará esa paz y se tendrá lo hecho por justicia, en tanto cambien las circunstancias de los vencidos para convertirse en acusadores los acusados!

FRANCISCO RIVAS.

La cuestión de la tierra en la Prensa

Por la redención de los campesinos.—Un pueblo al que se intenta despojar: Jayena.

(Artículo de Fernando de los Ríos)

I

El régimen del señorío

Por Cédula Real de 3 de Septiembre de 1483 se dió por los Reyes Católicos a Hernando del Pulgar, en premio a su valor y heroísmo, la villa de Jayena, con huertas, viñas y casas. ¿Qué alcance político tenía esta concesión? ¿Era la creación de un señorío jurisdiccional con una propiedad aneja determinada concretamente en la Real Cédula de Concepción? No parece que hay duda alguna de que así era, si se compara con otras Reales Cédulas de idéntico carácter y de las que consta que fueron título de señoríos jurisdiccionales; mas por lo que a la propiedad de tierras atañe,

toda duda se desvanece, teniendo a la vista dicha Real Cédula, en la que se dice que se le dan «ciento e cincuenta yugadas de tierra de pan sembrar... e unas casas cuales vos quisierades tomar en la dicha aldea e quintería de Jayena.»

La historia de la propiedad es pródiga en actos de codicia. No hay pasión humana que no se refleje en cada una de las esferas de la vida, y así no es de extrañar las hallemos filtrándose en el derecho y encendiendo apetitos. La codicia del que tiene poder es fecunda económicamente, y como las más veces el derecho sigue en lo económico al hecho y con ello lo legaliza, ocurre que otorga a hechos impuros un título de amparo. Digo esto, al tanto del poder prolífico que tuvieron «las ciento e cincuenta yugadas de tierra de

pan sembrar», pues cuando se hizo el maravilloso Censo de la Riqueza española, que dirigió en 1752 el marqués de la Ensenada, la propiedad del mayorazgo de Jayena, que había ido a manos del marqués de Campotéjar, ascendía ya a unas 4 600 fanegas de tierra.

Cuando fué votado por las Cortes de Cádiz, en 6 de agosto de 1811, la ley Abolición de los señoríos, propuesta por García Herreros, pudo pensarse que iba a cambiar grandemente la fisonomía de nuestro país, ya que se exigía el título que justificase el señorío, se reintegraban a la nación aquellos que no hubiesen cumplido con las condiciones de la concesión, y se suprimían los derechos privativos y exclusivos. Al restablecerse el régimen constitucional, no sólo volvió a ponerse en vigor el decreto anterior, sino que se dio para esclarecer la ley de 3 de mayo de 1823, en que de nuevo se afirma la obligación que incumbía a quien pretendiese seguir ostentando un derecho de propiedad sobre algún señorío territorial o solariego, de presentar los títulos de adquisición.

No cupo a esta ley mejor suerte que a la primera, pues cuando se ordenó que fueran borrados de la historia los «tres mal llamados años», quedó, en efecto, sin vigor; pero como era una medida, no caprichosa e hija de exigencias doctrinales del grupo que la dictaba, sino fruto sazonado ya de una evolución en el modo de concebir la propiedad, volvió a renacer tan pronto halló medio propicio, aun cuando esta tercera floración de 1837 no tuvo ya la fuerza y lozanía que las primeras, porque sólo exigía prueba de buen derecho a quienes tuviesen señorío en que ellos o sus causahabientes lo hubiesen ostentado en calidad de jurisdiccional; pero no a los poseedores de señoríos territoriales y solariegos.

II

La lucha por la tierra: una mano aleva

La hostilidad que desde el año 11 mostró el nuevo régimen hacia los señoríos jurisdiccionales hubo de ser, sin duda alguna, un serio aviso para los señores, y como tuvieron en el año 23 ocasión de advertir que el espíritu liberal les era resueltamente adverso, debieron ir fijando sus ojos en la tierra, ya que se les sustraía la propiedad de los oficios y cargos que les daba la soberanía efectiva en sus villas y lugares.

De la situación da idea bastante cabal el hecho de que resulte de la estadística formada por los doceañistas que de 25.230 pueblos, granjas, cotos y despoblados que tenía España, 13.309 eran señoríos particulares, «con la circunstancia—escribía uno de la época—de que 4.716 villas que se cuentan en las provincias de la Península, y son los pueblos de mayor número de habitantes después de las ciudades, sólo 1703 son de realengo, y las 3.013, de señorío», y en muchos pueblos los pechos y gabelas que se pagaban a los señores excedían a las contribuciones ordinarias.

Al suprimirse estos pechos y gabelas comenzó la busca de una compensación en la tierra y el esfuerzo por convertir de jurisdiccional en territorial o solariego el señorío. No se sabe que fuesen muy exigentes en

nuestra administración de justicia ni en las oficinas de propiedades cuando de examinar los títulos se tratase; en cambio, si es patente que no ha habido ninguna gran modificación en la estructura de la propiedad debida a esas medidas legales, y que por todas partes, así en tierra de Avila, como en Cataluña, como en Granada, los señores obtuvieron facilidades para la prueba y se sirvieron a menudo del propio pueblo, infeliz, ignorante e intimidado, para obtener lo que apetecían: grandes propiedades.

Sólo cuando querían algunos señores extemar la explotación y quitar a los pueblos el derecho a labrar la tierra y utilizar los montes, o cuando intentaban subir las rentas, era cuando se escrespaba la conciencia popular y se ponía en actitud de lanzarse sobre el tirano. Llegado este instante de riesgo, se agazapaba el enemigo del pueblo, en espera de que éste no vigilase... y así transcurre el siglo XIX en nuestro país, en lo que a la historia del derecho de propiedad se refiere: haciendo informaciones posesorias los detentadores para levantar y expulsar de la tierra a quienes las trabajan de tradición.

¿Documentos? Del Archivo de la Delegación de Hacienda en Granada desapareció, no se sabe cuándo, pero los hombres de edad recuerdan haberlo visto, el Libro de Apeos relativo a Jayena y Campotéjar, libro de la época de Felipe II, de enorme interés para el conocimiento de la riqueza agraria y de trascendencia suma para el título jurídico de las fincas; es de advertir que se conserven en dicho Archivo los más de los libros del reino de Granada. Pero felizmente no se ha extraviado el Censo de riqueza de estos pueblos hecho en 1752, libro del que particulares, vivos aún, sacaron, hace quince o veinte años, copias de los trozos más importantes.

En el pleito que el Estado sigue sobre la propiedad del Generalife contra la Casa Campotéjar, consta que, habiendo dicho varios vecinos de Jayena y Campotéjar, en 1825, que las tierras de aquellas villas eran bienes mostrencos, formóse una pieza separada para que esto se averiguase; no se sabe qué ha sido de tal pieza, aunque sí sé que no se encuentra en el Archivo de la Audiencia. ¿Quedaba algo más que hacer desaparecer? El año de los terremotos, el año 1884, tiene lugar un fenómeno físico interesantísimo y nunca visto; a causa de los terremotos se prende fuego al Archivo del pueblo de Jayena, donde existía un ejemplar del Libro de Apeos, del Censo de 1752 y la titulación de los bienes de propios, que, al decir de los vecinos vivos hoy, alcanzaba una cabida que algunos la elevan a 11.000 fanegas de tierra y ninguno la aprecia en menos de 8.000.

III

Intento de consumir un despojo

En el primer amillaramiento de tierra que se hizo, después de la Restauración, se le atribuyen a la Casa Campotéjar en el pueblo de Jayena no más de 8.000 fanegas; más en otros amillaramientos posteriores, creemos que en el 96, se le amillaran 11.000 fanegas,

sin que haya medio de saber cómo se ha logrado ese crecimiento, porque no hay escritura alguna de adquisición que lo justifique; pero no quedan aquí las cosas, sino que la brigada agronómica midió el término, y las 17.000 fanegas de tierra de que se compone se las amillara el marqués de Campotéjar.

He ahí cuán fecundas fueron las «ciento e cincuenta yugadas de tierra» que los buenos reyes hubieron de conceder al no menos buen señor de la villa de Jayena, quien, a fuer de italiano, ha sabido escoger y enviar de su fértil país administradores hábiles, sagaces que sepan tratar a cada uno de los que han hallado del modo que mejor convenía a los intereses que se les encomendaba cuidar y acrecer. No es hijo del azar el que viese la luz en aquellas tierras de la madre Italia un espíritu como el de Maquiavelo; el azar es lo no explicable, el residuo racional de la historia; y Maquiavelo es la mentalidad más representativa y explicable, por tanto, del linaje de los hombres de acción de su patria. El historial de este pueblo infeliz de Jayena podría en justicia mostrarse como ejemplo vivo de lo provechoso que es el maquiavelismo aplicado al mundo de la propiedad.

El pueblo mantuvo siempre viva su protesta contra el intento de despojo; él sabía que de tradición venía utilizando las tierras de los montes para el pasto de los ganados, la leña muerta para sus menesteres domésticos y el esparto que allí se producía para los usos particulares y de su vida de pequeño agricultor o arriero; sabía que esto lo hacía gratuitamente en tanto que pagaba renta por las tierras que labraba. La Casa Campotéjar principia a demandar en juicio, de vez en cuando a los que iban al monte; pero una y otra vez eran absueltos los campesinos, porque ¡jamás! pudo justificar la «Casa», no obstante disponer de un rico archivo particular en Granada, ni aun el dominio directo de esa zona del término municipal.

De las tierras de labor hay abundantísimos documentos, del año 38 y 44, que muestran, sin que deje lugar a dudas, que se trata de enfiteusis. ¿Dónde consta, en cambio, que se haya consolidado el dominio de tales tierras a favor de la marquesa de Campotéjar? *Absolutamente en parte alguna.* Pues bien; a pesar de carecer de todo antecedente en su favor, el año 1907 incoó un expediente posesorio para que se la declarase dueña plena de todo el término municipal.

IV

La protesta y su fruto

Era natural que surgiese la protesta, y surgió. Quien la inició fué un hombre noble que se creyó llamado a ello precisamente por su carácter de sacerdote, y por conocer datos y documentos relativos al asunto, a a fuer de hijo de Jayena. El beneficiado de la catedral, don Fermín Martín Zarco, que es el que aludimos, publicó en el *Defensor de Granada* en 24 de noviembre de 1907, un Comunicado lleno de interés, y a partir de entonces, fué tan vigorosa y fundada la opinión que contra la pretensión de la Casa Campo-

tejar se alzó, que no hubo nadie, nadie que arguyese en contra.

En el Parlamento tuvo eco la protesta, y fueron voceros de ella el entonces y hoy diputado por el distrito, señor Montes Jovellar, y el diputado que fué y lo es actualmente por Antequera, señor Luna Pérez. El primero dijo que la Casa Campotéjar, «por medio de un sencillo expediente de dominio, porque carece de títulos, pretende que se le reconozca una propiedad muchísimo mayor que la que tiene amillarada, puesto que en ese expediente, al alegar pertenecerle 8.000 fanegas, designan como límites de ellas las lindes de todo el término municipal, que tiene más de 16.000 fanegas, dentro de las cuales hay fincas de vecinos, a nombre de los que figuran inscriptos en el Regimiento de la Propiedad.»

El expediente no pudo ser aprobado porque aún cuando parezca extraño, hubo o candor o exceso de ignorancia, y ambas cosas hacían muy visibles los defectos de monstruosidad; más no por haber fracasado se abandonaba el propósito. El año 1912 los vecinos hacen una transacción con la Casa Campotéjar; la transacción consta en escritura pública, y se reconoce a los vecinos el derecho gratuito de pasto, el de utilizar las leñas muertas y el de recoger el esparto.

V

El último asalto

El castigo a los que se habían significado fué tan fiero como es uso en los desventurados pueblos sometidos a la organización caciquil. El repartimiento de Consumos y el de arbitrios extraordinarios son los instrumentos de garrote que el ministerio de la Gobernación pone amorosamente en manos de alcaldes y Ayuntamientos, para que estos vayan domesticando a la gente de temperamento bronco, mal avenida con zengries y abencerrajes de turno; y los alcaldes cumplen bien su cometido; tan al maravilla, que son los agentes más eficaces para lograr despachar a tierras de América y Argel los audaces e importunos que perturban el solar en que ellos lleven la mancera.

Ya habían llevado bastantes años de castigo; tal vez estén entregados al asalto. En 1917 se ha incoado por segunda vez el expediente posesorio hecho ahora por mano hábil; ha sido aprobado y se ha inscrito preventivamente en el Registro de la Propiedad. El absurdo enorme de nuestra ley de Enjuiciamiento civil, en lo que a los expedientes posesorios toca, se pone de manifiesto en este caso de un modo ejemplar: Han bastado dos testigos que depongan favorablemente a la posesión inmemorial que pretende tener la «Casa Campotéjar», para que el juez, de acuerdo con la ley, declare satisfecha la formalidad jurídica.

A partir de ese instante, la vida del infeliz pueblo de Jayena es una persecución de todos los instantes y un trance perpétuo de amargura para sus vecinos. ¿Cómo no ir al monte por leña, si con ella necesitan cocer sus alimentos? ¿Cómo dejar de llevar la cabra o la oveja al monte, si no hay otra tierra de pastos? ¿Cómo no ir por

esparto, si con ellos ha de hacer muchos de sus ense-
res de trabajo? Todos los días encierran en la cárcel a
los que caben y cuando salen éstos por haber cumpli-
do el plazo que les corresponda, entran otros y otros...
¡Es preciso que se entreguen; los juicios de faltas por
atentar á la propiedad—¡atentar a la propiedad... sa-
grada!—se suceden sin interrupción; cuando los veci-
nos alegan su derecho, sonríe el juez municipal... y si-
gue su camino.

VI

A las Cortes

Ese tejido de falsedades civiles no ha dado el fruto
que se apetecía, porque aun es tiempo de impugnar el

absurdo expediente posesorio que se ha inscrito, es evi-
dente que los tribunales de justicia, al plantearse ante
ellos el problema, lo han de ver con la claridad manifies-
ta que el caso presenta; mas las Cortes pueden así mis-
mo ayudar a su esclarecimiento pidiendo documentos
de los Centros oficiales que ayuden a probar los dere-
chos de un pueblo que, en los momentos en que se ha-
bla de renovación y de colonización interior, se pretende
despoblar, haciéndola imposible la vida en su tierra sa-
cular; a las Cortes toca asimismo fijar su atención en
la necesidad de reformar esa vía fácil y amable que se
ha abierto mediante los expedientes posesorios, a las
liviandades y codicias de los que han poder, aun cuan-
do no tengan derecho.

Temas aragoneses: EL COLONATO. Señorío montaraz

(Artículo de Felipe Alaiz)

En muchos pueblos aragoneses hay procesión noc-
turna del Entierro en Semana Santa. Los creyentes
asisten, por regla general, con el mismo fervor sentido
en casa del adivino o cuando hablan de brujas y ha-
cen y dicen cincuenta cosas misteriosas para salir del
atolladero o librar al chico de quintas.

Asisten a la procesión separados en castas, para re-
cordar la muerte de Jesús, va delante el grupo de jor-
naleros, esos vasallos a quienes únicamente exige la
Trasatlántica certificado de buena conducta cuando
emigran por capricho y por hartazgo de felicidad es-
pañola, siendo tan ambiciosos y malos patriotas que
no se conforman con los pocos palmos de tierra que
poseen en el fosal. Al grupo de jornaleros sigue el de
labradores «medianos» y artesanos, y cerrando la pro-
cesión, «con la justicia» y la clerecía, los señores terri-
toriales indígenas, los caciques, los facultativos y el
bachiller, que no falta ya en ninguna aldea. La misma
división en castas se observa en romerías, cafetines y
saraos.

Cuando el hacendado forastero visita de vez en cuan-
do lo que en estilo gacetillesco oímos llamar «posesio-
nes», la división en castas resalta con alardes de comi-
cidad, que he presenciado repetidamente desde la pla-
zoleta. Allí, el retraso a la misa mayor del domingo;
allí, la llegada entre el estruendo de las jaurías; allí ri-
fles y puñales de caza y estrépito de montería; allí,
guardamontes con bandolera al pecho, tercerola colga-
da del hombro y escarapela en el chambergo; allí, el
cortejo de chulos, gavilleros, azafatas, rodrigones, ma-
yordomos y dueñas. Algunas casas tienen «paje», un
hombre grandullón que igual ensilla el rocín, como ma-
neja la podadera, o sirve de espolique, auriga o linter-
nero.

Cierto hidalgo decadente me decía, con empaque de
vago, en la tertulia lugareña, señalando al villano que
con la dalla al hombro pasaba gentilmente por la calle:
«Ese es colono de casa.» No falta quien tiene sueños
de castillos en España, de ser recibido con palio y mo-
rir rodeado de tres hijos, los tres, centuriones. Esotro
afirma bufón que viene a ser a menudo alcahuete, o

correo del purgatorio, o escudero de ferias, o corveve-
dile de amprete. El de más allá goza de cuatro hijos
letrados de mal pasar, o recaudadores, o cazadores de
un sabido para hacerse viejos detrás de un tintero.
Finalmente, hay rutinarios que tienen cuatro hijos y
desheredan a tres para enriquecer al heredero. Sabido
es que tal costumbre de muchas comarcas aragonesas
es, al decir de los amantes de nuestras gloriosas tradi-
ciones, un poema jurídico, aunque luego resulte que
la costumbre aragonesa se deriva de una mala costum-
bre talmúdica o zulú. Casos hay que alguna vez co-
mentaremos para alivio de segundones, cabaleros sin
cabal, entendiendo «cabal» a la aragonesa, tal como
se usa en el *Poema del Cid*.

Un grande de España visitó sus vegas, montes y
palacios de una comarca aragonesa. Era analfabeto y
jainista. Los lugareños decían en el corro: «Ha venido
el duque a rondar el monte. Se llama aún «el monte
del señor». Hubo recepción de notables. El Concejo
visitó al duque que estaba por cierto imponente. Era
cinco cosas terribles en un país de gente respetuosa;
senador, barbudo, abdominal, millonario y comprador de
gangas. Se le pidió local para escuela y que tributara
por utilizar en beneficio suyo un salto de agua para in-
dustria harinera. El toco patricio endosó la petición
del Ayuntamiento a uno de los amanuenses ducales
de casa y boca, y se le ocurrió decir resoplando: «En
esté pueblo hay mucha chiquillería; se conoce que de
cualquier conversación sale un chico; con poner una
manta sobre la cama, ya está».

Gran gusto recibieron los señores del Concejo ante
la seráfica ironía ducal, y sin más, retiráronse de la es-
tancia, como podían retirarse unos convidados de pie-
dra, no sin pedir por todos los santos del cielo, que se
llevara guardia civil al lugar, lo cual viste mucho aun-
que se pase hambre.

La crianza, medida y comedimiento del patricio; su
sentido de la propiedad función social; su amor a la en-
señanza; su suave humorismo de pulverizador, al acha-
car la falta de escuelas a la abundancia de chicos, a la
masa prolífica de los lugareños, fueron comentados

en los corros de filadoras, en los carasoles. Por falta de memoria, o por no plagiar a Fernando VII, no llegó el duque a señalar y afeor que los lugareños fueran proclílicos por acostarse temprano.

Quedaron las peticiones en peticiones, y el obeso duque, tan satisfecho como sus mayores de aquellos «buenos tiempos» del Deseado, «cuando comíamos tanto», al decir de otro mastodonte señorial.

*
* *

Contra tales chabacanadas ducales, algunos braceos aragoneses van aprendiendo a reirse. Reciente esta el caso de Grañén, donde el pueblo en masa dejó de votar, irritado por los abusos del señor en una cuestión importantísima de reparto de impuestos.

Gracián, aunque servil a veces con los príncipes, tenía palabras valientes y expresivas. No decía risa, sino riso. He aquí una manera muy característica de masculinizar el humot a la aragonesa. Contra el baturrismo de certamen y tómbola, y la degeneración de jotás convertidas en chistes de calendario con dibujicos de Gascón; contra el casticismo zafio de Aragón sin cultura ni justicia, está bien nuestro riso y nuestro deseo de aragoneses del estado llano, empeñados en que la jota no sea canto de histéricos ni de siervos, ni de agonizantes.

Decía que los aragoneses iban aprendiendo a reirse con riso, no con risa; pero cuando necesitan renovar un «derecho» de cultivo de monte, no se rien de ninguna manera. Así empieza el texto de uno que entre otros estudié: «Por cuanto debe procederse al cultivo de...», estilo de pragmática. Se detalla la concesión de permiso para roturar, y el documento no es más que eso: concesión graciosa, merced del señor, que se consideraría deshonrado contratando con el rentero de igual a igual, humorada unilateral y señorial; se impone al pechero la obligación de renovar el «derecho» anualmente y de pagar cierta cuota proporcionada a la cabida de la tierra cedida, de manera que el pechero abona, además de la renta, una especie de derecho real absurdo, a cambio de un papel plagado de amenazas. Las tierras señoriales de monte están desnudas con semejante sistema bárbaro. En cambio, los campos propios de labradores están vestidos de viñas y olivares.

No obligaban a votar al colono por don Fulano porque se daba el voto espontáneamente. Es de justicia decir que la obligación tácita y servil de votar está en completa decadencia: El voto es, por desgracia, una compraventa, donación tan apenas. En todo caso, los familiares de cada terrateniente votan por sus amos; nadie más. Sin embargo de no regalar el voto, siguen dando los pecheros sus hijos para nuestras empresas de Indias y para que haya Consejos de Indias que dotar y Adelantados que contentar, mimar y cebar.

*
* *

En unas de las zonas más ricas del canal de Aragón y Cataluña está «la Encomienda», monte de unas seis mil hectáreas, propiedad exclusiva de pocos señores: funcionarios, tiples, condes, aspirantes a condes... Se

riega el término totalmente; está a colonia o explotado directamente, sin sentido de lo que supone una explotación y con alardes feudales. Las zonas del monte van cambiando de dueño, pero no dividiéndose la tierra. Igual ocurre con otros montes señoriales inmediatos a «La Encomienda», que perteneció hasta la desamortización a la Orden de San Juan de Jerusalem y fué adquirido por un absentista desconocedor de las cosas de la tierra. El duque de Solferino posee también grandes extensiones de monte, que dedica a colonia y a invernada de ganados montañeses.

Algún propietario indígena sintió antaño tentación de redondear sus dominios; casi lo consiguió, en años malos, comprando campos y apropiándose baldíos, al menos para cobrar pastos de invernada, en complicidad con dulzones escribientes.

Es muy frecuente que un absentista prescindiera de los antiguos derechos que tienen modestos ganaderos de llevar sus rebaños en verano al monte del señor, a cambio de los pastos de invernada.

El derecho de «aleñar» desaparecerá también si los pueblos no se defienden enérgicamente. Por codicia del señor temporal se despueblan los montes. Igual ocurre cuando rondan por un monte los Siete Niños de Ecija o cuando los usureros pueblerinos cobran el 80 por 100.

*
* *

En Aragón no hay más problema fundamental que el problema de la tierra. El 80 por 100 de los aragoneses son colonos y analfabetos. El «imperium», como concepto silvestre y cazurro de la propiedad, no lleva trazas de corregirse ni aliviarse, mucho menos suprimirse, como en Méjico, donde se ha limitado el derecho a la propiedad de manera que sólo pueda darse un máximo de diez hectáreas. Es lástima que el socialismo español sea sólo un partido de tipógrafos y albañiles.

Si los propósitos del Sr. Villalobos van a la *Gaceta* y se cambia en algo nuestro bárbaro Código civil, dictado por terratenientes o aspirantes a terratenientes o lacayos de terratenientes, algo se habrá conseguido. Faltará entonces organizar el crédito territorial, y si el fin de la guerra apresura la hora justiciera, actualizar el georgismo como evangelio de conducta de cooperación y de pedagogía.

Notas y Comentarios

**Quien me compra un llo o los programas
de los partidos políticos
LOS SOCIALISTAS**

En el Congreso socialista celebrado recientemente en Madrid se tomaron los siguientes acuerdos sobre el llamado programa agrario:

Jornada máxima de trabajo, según regiones, estaciones y cultivos. Saneamiento de terrenos pantanosos, incautándose el Estado o el Municipio de aquellos no

saneados en el plazo de dos años desde la promulgación de la ley. Jornal íntegro y servicio médico-farmacéutico gratuito para los obreros enfermos de paludismo. Albergues higiénicos para los obreros que habitan el domicilio de los patronos. Maestro para los pueblos de corto vecindario y para las dehesas y alquerías que tengan más de diez obreros. Roturación de los terrenos comunales baldíos, dehesas boyales y montes públicos, aptos para el cultivo, previo informe de los ingenieros del Estado; estos terrenos roturados serán explotados por las Sociedades obreras de los Ayuntamientos donde radiquen. Excepción de esta roturación de los prados que alimenten ganado, concediéndose derecho a los trabajadores del campo a que sus ganados pasten en estos terrenos. Ley prohibiendo en absoluto la venta de tierras nacionales y municipales. Facilitación a los Ayuntamientos por el Estado de la adquisición de terrenos comunales. Adjudicación a las Haciendas municipales para que, mediante pequeños censos redimibles, las aprovechen las Sociedades obreras, de las tierras que por falta de pago legados, etcétera, hayan sido adjudicados a la Hacienda pública. Abolición o redención de los foros, censos, etc. Contratos de arriendo por tiempo indefinido, renovándose las condiciones, menos las de tiempo, de veinte en veinte años. No podrá desahuciarse a los colonos más que por falta de pago.

Las contribuciones serán siempre de cuenta del propietario. Las rentas no excederán en ningún caso del líquido imponible que figure en el amillaramiento de la Hacienda. No serán renunciables por el colono las indemnizaciones por pérdida de cosechas y mejoras de la tierra; la cláusula del contrato comprometiéndose el colono a pagar los impuestos tributivos de la tierra no será legal. Incautación por el Estado de las tierras no cultivadas y susceptibles de cultivo, sin indemnización al propietario si hiciera cinco años que no las explotaba. Tributo especial, que no baje de 20 veces la contribución territorial ordinaria, de las tierras dedicadas a cotos de caza y cría de ganado de lidia.

Todas estas proposiciones fueron presentadas por el miembro del Comité Nacional, Largo Caballero.

Supresión de las formas de contrato de trabajo que representan supervivencias feudales de épocas de servidumbre, atentatorias a las libertades ciudadanas de estos tiempos. Fijación del tipo del salario mínimo, pagadero en metálico y semanalmente, y de la jornada máxima y su horario en las distintas estaciones del año, conforme al dictamen de la organización obrera. Regulación del trabajo ambulante de los obreros del campo. Derecho de indemnización al trabajador por las mejoras que aumenten valor a la tierra. Que a los veinte años de arriendo no interrumpido, los terrenos arrendados para cultivo agrícola pasen a ser propiedad del arrendatario. Inembargabilidad de los útiles del trabajo agrícola y prohibición de efectuar embargos en las épocas de sementera y recolección.

Legislación social para los latifundios. Redención forzosa de los foros de Galicia, Asturias y León, y de todas las cargas y gabelas análogas. Nacionalización de todos los terrenos cultivados. Prohibición de talas de

arbolado, repoblación forestal y nacionalización de los bosques. Construcción de canales y pantanos, fomento de la navegación fluvial y canalización de los saltos de agua. Información agrario-social en toda reforma del servicio de transportes terrestres y marítimos y nacionalización de estos servicios, con la triple intervención gubernativa, técnica y de los Sindicatos obreros. Nacionalización de las industrias agrícolas. Difusión de la enseñanza técnico agrícola en general y con gratuidad. Nombramiento de una Comisión agraria en que estén representadas todas las regiones de España. Presentado por el catedrático de la Universidad Central, Andrés Ovejero.

Anexo al programa agrario, propuesto por el redactor de «L'Humanité» de París Fabra Rivas, y aceptado por el Congreso:

1.º Redención de foros, subforos y de toda clase de gabelas que pesen sobre la tierra. 2.º *Requisa de tierras por el Estado.*—a) El Estado procederá a la requisa de las tierras laborables que durante los tres últimos años, a contar desde 1.º de Enero de 1919, no hayan sido cultivadas. b) Las tierras requisadas serán distribuidas entre los trabajadores agrícolas del término municipal en que las mismas radiquen. 3.º *Garantías.*—Será nulo todo contrato de hipoteca, arrendamiento o venta hecha por los ocupantes de la tierra distribuida por el Estado. La tierra distribuida no podrá ser embargada ni estará sujeta a intervención alguna, judicial y administrativa, salvo por lo que se refiere al pago de la correspondiente contribución territorial. 4.º *Auxilio a los pequeños propietarios.*—El Estado o la institución de crédito agrícola que se organice en sustitución a la Delegación Regia de Pósitos facilitará los fondos necesarios a los pequeños terratenientes que deseen intensificar la producción de sus tierras. El importe de dichos fondos será proporcional a los rendimientos que a juicio de una Comisión técnica, el beneficiante pueda obtener. 5.º *Para los cultivadores pobres.*—El Estado, por medio del Instituto Nacional Agrario, establecerá en cada comarca granjas agrícolas que facilitarán semillas, abonos y aperos de labranza a los cultivadores pobres y a las Sociedades y Cooperativas de trabajadores agrícolas; y 6.º El partido socialista organizará una intensa campaña de propaganda en favor de la implantación inmediata de estas reformas.

Por último, se aprobó el dictamen de la ponencia, cuyas cláusulas principales están ya recogidas en las adiciones y anexos que hemos transcrito. Se recogen en el dictamen las viejas peticiones de extensión de las leyes sociales a los trabajadores del campo. Se pide también la prohibición del desahucio cuando se cumplan las obligaciones del contrato. Descuento en la renta de las pérdidas que sufra el arrendatario por causas ajenas a su voluntad. Seguro obligatorio contra calamidades. Concentración parcelaria. Tribunales rurales. Formación del catastro agrícola. Revisión de los títulos de propiedad de las tierras que fueron del Estado o del Municipio.

LOS REPUBLICANOS

Sabido es que los diversos grupos republicanos se han asociado y casi fundido formando un partido único. Así lo proclamaron solemnemente en reunión celebrada en el «Ateneo Científico de Madrid».

Ese partido único está presidido por un directorio el cual ha publicado un manifiesto programa dirigido a la nación. En este documento se consagran los siguientes párrafos al problema de la tierra:

«Si prevaleciesen, nos será entonces posible gobernar rápidamente, haciendo de los días meses, traduciendo en decretos aquellas soluciones políticas y de justicia social que alientan en el alma de los pueblos y cuya falta de oportuna satisfacción ha engendrado la protesta revolucionaria en todas partes y es germen, en nuestro país, de amenazadores peligros.

No es justo que generaciones sucesivas de campesinos trabajen para generaciones sucesivas de propietarios, que no conocen su propiedad ni aman la tierra. La tierra ha de ser para el que la fecunda, la avalora y la embellece con el amor de su trabajo. La República redimirá a los esclavos del terruño y reconciliará al labrador con el campo, transformando el contrato de arrendamiento en censo redimible, el arrendatario en propietario de la tierra, y poniéndole en condiciones de bastarse a sí mismo por la organización del crédito agrario, la movilización de la propiedad, la reorganización del registro y el notariado, la creación de Sindicatos y Cooperativas y la difusión de la enseñanza profesional agrícola.

Los grandes latifundios, las tierras sin cultivar, serán lícitamente expropiadas por el Estado, para convertirlas en bienes comunales, patrimonio de los Municipios, con destino al pro común, en cualquiera de las formas de derecho consuetudinario o en otras nuevas que el espíritu de los tiempos haya creado.»

De los demás partidos no hablemos, pues no son menores los disparates que proponen.

Resulta, pues, que los partidos, o por lo menos sus directores o ignoran los fundamentos del problema, o lo que es peor, por ir con la corriente, sacan otra vez las desacreditadas y disparatadas soluciones con las que se pretende rehuir el fondo del asunto y seguir embaucando al pueblo.

¿Tendrían más todos esos super-hombres, que haber reproducido, en sus manifiestos y congresos cuanto se dice en cualquiera de las obras de Henry George y especialmente en «La cuestión de la tierra», que aquí viene como anillo al dedo?

Harán todo lo imaginable, menos el único remedio para que no se canse el oprimido: bajarse de sus espaldas.

Los tranvías de Madrid

Recortamos de un periódico de Madrid:

«El Sr. Ossorio Gallardo habló anoche en el Centro

Maurista de Acción Social acerca de reversión de los tranvías.

Se mostró opuesto a la unificación de las líneas por entender que con este sistema de reversión se perjudica a los intereses del pueblo de Madrid. A su juicio, las líneas de tranvías deben revertir en la fecha fijada en la concesión, encargándose el Ayuntamiento de su administración, o delegándola en otra entidad más competente.

Cree el concejal maurista que debe irse también a la rebaja de tarifas, pero sin que se compense a la Compañía, concediéndole la reversión a larga fecha que algunos solicitan. La rebaja puede decretarse por el Gobierno, haciendo uso del artículo 49 de la ley de Ferrocarriles.

Algún espectador hizo varias objeciones, que el orador recogió para rebatirlas con aplauso del público.»

Vaya también nuestro aplauso porque ese es el criterio que venimos sosteniendo desde que se inició la cuestión.

El impuesto a la tierra libre de mejoras en Buenos Aires

Acerca del plan de la intendencia para introducir el impuesto a la tierra libre de mejoras, dice el mensaje que alcanzando a 40 millones el presupuesto municipal, y debiendo percibirse 16 millones por concesiones de tranvías, teléfonos, uso de la vía pública, impuestos suntuario, etc., quedan 24 millones que sería obtenidos del impuesto a la tierra libre de mejoras. Calculando en cuatro mil millones el valor de la tierra (y está valuada en más de cinco), el 6 por mil anual produciría los 24 millones.

FOLLETOS RECIBIDOS

A UNITED STATES OF THE WORLD, por E. Stillman Doubleday, en que se aboga por un gobierno internacional del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, por el sistema de una federación de naciones.

METHODS OF LAND NATIONALISATION, por Federico Verinder. Sumaria crítica de las diversas proposiciones de nacionalización de la tierra. Precio, 2 peniques. Editado por la Liga inglesa, 376-377, Strand, Londres.



LA TIERRA LIBRE

No pidáis pan, pedid tierra.

— POR —

JULIO SENADOR GÓMEZ

El reverse

Ahora por el contrario. La riqueza y, por lo tanto, la libertad de los hombres, sigue una curva descendente con aquellas naciones donde (por la concesión del privilegio en que se funda la apropiación) la propiedad comienza a aumentar de valor porque a cada aumento de valor corresponde otro aumento en la dificultad que han de encontrar los hombres para proporcionarse tierra, o, lo que es igual, para proporcionarse trabajo.

Cuando «toda» la tierra queda por fin reducida a propiedad particular la nación se divide en dos grupos: el de los «propietarios» o poseedores de «todos» los instrumentos de trabajo, y el de los expropiados o «proletarios», los cuales no pueden trabajar sin el permiso de los primeros o sin pagarles una «renta» que arrancará al trabajador «todo» el producto de su trabajo menos el importe de la ración que se daría a un perro.

Uno de estos son arrendatarios y pagan en dinero: otros son jornaleros y pagan en trabajo.

Pero el resultado es siempre igual. El resultado es la esclavitud abrumadora que convierte a la sociedad humana en sociedad de fieras; y el hambre punzante que hace comer yerbas del campo a los obreros de la estepa en los terribles días del invierno.

Como ya la tierra no se «toma» sino que se «compra», está claro que, cuanto más valga la tierra, mayor será la renta para sus propietarios, lo cual parece riqueza al señor Maura, pero mayor será también la dificultad de que los expropiados adquieran tierra donde trabajar.

Con eso aumentará el proletariado.

Todo el que nazca será proletario; y, por simple acción de presencia, contribuirá a fomentar el aumento de valor de la tierra, o en otros términos la disminución del valor del salario, o en otros términos la dificultad de hallar trabajo; porque el valor de la tierra crece con el aumento de población, o sea con el aumento en la demanda de tierra, lo cual implica un aumento en la oferta de trabajo que es también un aumento en la competencia horrible que los trabajadores tienen que hacerse unos a otros para encontrar jornal con lo cual ofreciendo trabajo, cada uno de por sí, a menos precio que el obrero empleado van rebajando este jornal hasta los límites más increíbles.

Así, pues, en primer lugar el aumento de valor de la propiedad española no procede de aumento de

riqueza sino de aumento en el número de hambrientos por el crecimiento de la población que es fácil comprobar con solo mirar los Censos de un siglo.

En segundo lugar, todo lo que el propietario lleve de más tendrá que llevarlo de menos el trabajador; y como a medida que vaya aumentando el valor de la propiedad, o sea la renta, irá disminuyendo la parte de producto que había de repartirse en salarios, es evidente que cada vez habrá más hambre porque serán más bajos los salarios y porque irá quedando más gente sin salario.

Vendrá la emigración y no bastará para expulsar a todos los que no encuentran donde trabajar.

Vendrá el aumento de las defunciones y no bastará tampoco.

Vendrán las revoluciones por la «cuestión de las subsistencias» y veremos «mantener el orden» a tiros.

Vendrán los «starvation wages» o salarios de la muerte por hambre; porque cada expropiado hambriento consentirá en trabajar solo a cambio de lo que voluntariamente quieran darle.

Vendrá el miedo al hijo porque en cuanto le salgan los dientes ha de pedir pan.

Vendrá la prostitución por falta de jornal o de matrimonio.

Vendrán la Inclusa y la epidemia sífilítica.

Vendrá el Hospital para que los pobres no infesten a los ricos.

Vendrá el presidio para que los ricos encierren a los pobres.

Ya el ideal dinámico de los estados no será el pueblo en armas; sino el sostenimiento de ejércitos mercenarios que ametralle a los hambrientos si se mueven.

No circulará el dinero porque nunca saldrá de entre unos pocos.

Aparecerán, con su cortejo de ruinas, las crisis industriales «por exceso de producción» puesto que casi nadie puede consumir.

Aparecerá el «trust» con objeto de limitar la producción a lo estrictamente necesario para el consumo de los ricos.

No bastará con eso y la «industria» pedirá un arancel de aduanas que la «defienda» en el sostenimiento de los precios de monopolio.

La Aduana disminuirá el tráfico mercantil, que es hacer disminuir la civilización y la solidaridad entre los hombres. Destruirá los medios de transporte puesto que para subsistir necesitan movimiento intenso.

Impedirá la difusión de los adelantos y el desarrollo del mútuo aprecio por el conocimiento mútuo.

Dará lugar al «dumping» o sea a la guerra de tarifas.

La guerra de tarifas traerá como consecuencia la política de ruinosos armamentos.

Cada organización industrial poderosa se proclamará representante de los intereses de su país.

Sofiará con abrir a cañonazos la Aduana enemiga que la cierra el camino del mercado y serán enviados al matadero como reses marcadas, miles y millones de hombres que, para que aumente de valor la propiedad de los propietarios, irán al degüello unas veces aturdi-

dos por el alcohol y otras deliberadamente envenenados por un falso concepto del honor y de la patria.

Estallará espantosas catástrofes, como esta de veintena de naciones que hemos presenciado y que será interminable porque no se defienden patrias sino monopolios: porque quien empuja los hombres, al exterminio no es la nación alemana sino los propietarios latifundistas; las asociaciones agrarias de Prusia, de Pomerania, de Silesia, etc., que se opusieron a la construcción del Mittelland kanal por miedo a que hiciera bajar el precio de su trigo, con lo que impidieron a la industria westfaliana conquistar pacíficamente los mercados de Asia por los caminos de Rusia.

Y ahora la industria westfaliana empuja por otro lado.

Así las naciones débiles que se obstinaron en «proteger» su industria con aduanas, por no querer buscar esa protección en la disminución de privilegios de los dueños de la tierra, perecerán pisoteadas y aplastadas como ha de perecer España si se obstina en defender, y en buscar aumentos de valor, a una propiedad como la nuestra que no es el sagrado derecho de poseer la tierra y trabajarla para provecho propio y de toda la nación, sino el infame derecho de mantener la tierra improductiva, mientras aumenta de valor, y de arrendarla como objeto de vivir feudalmente en la holganza valiéndose de la renta como ganancia para robar al infeliz trabajador todo lo que ha ganado trabajando.

¿Quedará todavía alguna duda de que el aumento de valor de la propiedad es como el aumento de fiebre que indica proximidad de muerte?

V

Desorientación y ansiedad

Para barrer toda esa podredumbre es necesario un grupo numeroso de hombres vigorizados por el entusiasmo, iluminados por el estudio y fortalecidos por el conocimiento.

Ellos deben ser los creadores del futuro Partido Laborista que venga a salvar la Patria bajo la advocación de la República y enarbolando una bandera de paz.

No hace falta un solo grito subversivo. No hacen falta revueltas ni motines. No hace falta salirse para nada de la legalidad.

Basta esta frase: ¡Viva el trabajo libre! y la verdad, hasta hoy encadenada, romperá sus ligaduras y avanzará destruyendo los obstáculos como una fuerza en marcha; porque bastará revelar la gran verdad por medio de una incesante propaganda, para que hacia ella se inclinen todas las inteligencias claras.

Y la verdad entrará triunfante en la política española tan pronto como los hombres abnegados hayan conseguido infiltrarla por la propaganda en todas las capas sociales, y preferentemente en las más oprimidas, porque llevará tras sí como escolta la presión enorme de la opinión pública que es incontestable.

Hoy vamos a la ruina por desorientación universal.

Nadie comprende qué es lo que está pasando aquí. Parecemos un ejército de ciegos detenido en su penosa marcha por falta del indispensable lazarillo.

Hemos llegado, además, a ese instante decisivo en que los pueblos—según frase de Lamartine—vagan errantes como rebaño sin pastor.

Hoy somos un país amputado del valor y paralítico de la voluntad.

Prueba de ello es que el principio de autoridad, cuando la última crisis, se ha encontrado ocho días tirado en medio de la calle y nadie se atrevía a recogerlo.

Hasta las mismas Juntas de Defensa escondieron el cuerpo. ¿Por qué? ¿Que veían en lontananza?

Quizás veían lo que dentro de poco será completamente irremediable: la definitiva eliminación como factor [histórico de un país sin voluntad ni inteligencia que en vez de emplear su último aliento en luchar virilmente por la vida se prepara, entre convulsiones, a recibir el último golpe de la adversidad escondiendo la cabeza bajo el ala.

Quizás vieron que les iba a corresponder el papel de enterradores y rehusaron. Hicieron bien.

Lo que se sabe y lo que no se sabe

Muchos ignoran todavía que en el año anterior se han cerrado los Presupuestos con un déficit de 400 millones de pesetas, imposible de enjugar por los medios corrientes, puesto que aquí todo impuesto se gira sobre el consumo y es imposible recargar sobre el consumo en un país devastado por la miseria como consecuencia del continuo aumento en el valor de la propiedad.

Tampoco sabe nadie que, para no cargar con el fardo de ese déficit, se emitirán por el Gobierno bonos del Tesoro: que les cobrará en billetes y no en dinero, con lo cual al abonar de rédito un cinco por ciento, le saldrá en realidad el préstamo al quince por ciento; toda vez que cada billete sólo representa el tercio de su valor en dinero de las reservas metálicas y los otros dos tercios en crédito que el mismo Estado ha concedido al Banco para que por medio de este privilegio acabe de saquear impunemente a la nación y siga doblando su capital cada cinco años.

Tampoco sabe nadie, o si lo sabe no se atreve a decirlo, que luego, para sacudirse de esos 400 millones, se hará otra farsa como aquella de Alba convirtiendo la Deuda del Tesoro en Deuda del Estado con lo cual empezaremos inmediatamente a pagar veinte millones de pesetas más al año por razón de intereses, o sea, que nos encarecerán la vida en otros veinte millones de pesetas.

¡Hay muchas cosas curiosas que aquí no sabe nadie o casi nadie!

Lo que sí sabe todo el mundo es que así no podemos seguir; que entre todos los políticos en tanda, lo mismo de la izquierda que de la derecha, ninguno ha probado ser capaz, no diré realizar, pero ni siquiera de formular un sistema racional y práctico de soluciones para evitar nuestro hundimiento; y que entre tanto hay algo pernicioso y oculto que nos está royendo como un cáncer.

Continuará